

La unión de la Iglesia y del arte teatral era para mí un hecho fácil y consumado.

¡Si dejaran gobernar a los niños, cuántos milagros no obrarían, cuántos prodigios no se realizarían!

Sarah Bernhardt había desembarcado en el Pireo y daba quince representaciones en Atenas.

Había oído mucho hablar de ella: que era la más célebre artista del mundo; que ganaba millones, etc. En una población chica, una circunstancia semejante se hace bien pronto el tema de todas las conversaciones. Yo escuchaba cuanto se decía al respecto con toda la atención de que era capaz. Hícele prometer a mamá me llevaría a verla representar. Le causó gracia mi entusiasmo por la genial trágica, y lo cierto es que fuí a verla tres veces. Aun me puedo representar varias escenas de *Teodora* y la final de *La Dama de las Camelias*. Aunque el sueño me acometiese tenazmente, no dormía por nada. Mis ojitos se abrían de una manera desmesurada. Por una casualidad extraña, la «divina Sarah» vivía en el mismo hotel de donde nos traían la comida. La casa solariega se hallaba entonces en compostura.

¡Cuál fué mi alegría al saberlo!

Esperaba la llegada del criado y le hacía sendas preguntas sobre la compañía y su directora. Luego le confíe mis impresiones y le encargué felicitar a la gran actriz en mi nombre. Otro día le envié flores.

Mi candidez era admirable. Sólo hablaba del teatro en esos días. Era tan intensa mi ingenua preocupación que se trató fuera yo el portador de un ramo, en nombre de las damas de Atenas, a la Bernhardt.

Ahora que estimo en lo que vale la menor intimidad con los genios, siento no se haya llevado a cabo el proyecto. Estoy seguro de que Sarah Bernhardt, al verme tan pequeño de estatura y con un corazón donde cabía tanta admiración por ella, me hubiese besado... ¡Qué gloria un ósculo del primer genio teatral de Francia!

Las feéricas impresiones que dejó

tras sí la compañía dramática, me sugestionaron por completo. Mi pasión por el teatro se centuplicó. No sólo compré varios, sino que mi padre me mandó construir uno grandísimo. Nunca alcancé a verlo concluído, pues un suceso inesperado, nuestra ida a Inglaterra, interrumpió el trabajo.

El día triste de la partida llegó. Yo andaba sin sombra. Mi madre rehusó despedirse de la abuelita a fin de no provocar escenas desgarrantes.

Yo me despedí de ella con una pena inmensa; ¡era mi primer gran dolor!

...El viaje fué largo y extraño. Los acontecimientos no se dibujan con claridad en mi mente; este período es nebuloso para mí.

Sólo sé decir que un pequeñuelo de ocho años abandonaba su patria, es decir, ese grupo de personas que le aman y le instruyen en la civilización peculiar del país.

Iban a sucederse en su alma impresionable fenómenos extraños: la pérdida parcial de tradiciones cosmopolitas, como son las de las ciudades del Mediterráneo, y la sustitución por los principios rígidos de la sociedad inglesa. Un interesante proceso psicológico iba a ocupar muchos años de la vida mental.

Estos trasplantes engendran almas incompletas:

¿Cómo podía adaptarse la viva imaginación, los gestos, la emotividad fácil, el ingenio, la astucia mental, la libertad de la expresión frente a los impulsos de la carne, a la seriedad inglesa, tan inclinada a sustituir lo artificial por lo natural? El pobre pequeñuelo iba a necesitar perder su alegría simpática, su nerviosidad desbordante, su misticismo pagano. El helenismo innato de su espíritu se iba a paralizar y aparecer por grados con la ausencia de sol y expansiones, el divorcio funesto entre el sér animal y el espíritu. De esta separación deduzco todas mis tristezas y todas las contradicciones de mi vida: cuando llegué a hombre, en la patria no podía prospe-